

LO QUE HAY QUE VER

Black mirror, la nueva idolatría

Las sospechosas unanimidades en torno a una serie británica cuya segunda temporada se apaga por completo

FRANCISCO GARCÍA
PÉREZ

Ya con el pase de los tres primeros episodios (2011, primera temporada) de la serie televisiva británica *Black mirror* se formó el escándalo: estábamos ante lo mejor de lo mejor, ante lo más avanzado de la vanguardia, estábamos ante el límite mismo, ante una nueva manera de ver telefilmes. No hubo crítico joven que no se apuntase a aplaudirla hasta romperse los adjetivos. Fijense, decían, que en el capítulo inicial secuestran a una princesa y piden como rescate que el primer ministro copule en directo con una cerda (con un mamífero artiodáctilo del grupo de los suidos, aclaro) y se emita en vídeo la escena. Qué escándalo, qué apuesta más arriesgada, qué grande es su creador, *Charlie Brooker*, lo máximo. Vale, bien, que sí, que el asunto llamaba la atención: ya se dijo aquí mismo. Pero también se añadió que la trama estaba resuelta a la trágala (el suicidio del pintor: un «deus ex machina» de vergüenza ajena narrativa) y que más escandalosas cosas se habían visto en las pantallas y mucho mejor hechas. Sin embargo, los dos episodios siguientes no hicieron más que acrecer la idolatría hacia la serie tanto como, a mi juicio, descender en picado en cuanto a chicha, en cuanto a presunta materia de escándalo y, sobre todo, en cuanto a calidad. En total, tres episodios a los que merecía la pena echar un vistazo, pero que permitían vistas espaciadas a la cocina, mientras se visionaban, para vigilar lo que se había puesto al fuego, sin temor a perderse nada memorable.

Pero la marimorena prosigue ahora y más alborotada aún, con el pase de la segunda temporada. A ello contribuye, firme y quizá decisivamente, que varios



Black mirror
2.ª TEMPORADA
3 EPISODIOS
CHARLIE BROOKER
CHANNEL 4, REINO UNIDO, 2013

Quien vea en algún episodio una obra maestra es que ha leído muy poca literatura y ha visto muy poco cine

críticos ya talluditos y de gran respeto han saltado al tren en marcha de los gustos más jóvenes para evitar, con casi total seguridad, que se los tilde de obsoletos. Así resulta que el coro es por fin unánime: *Black mirror*, lo nunca visto. No lamento discrepar: si ya la primera temporada caía en intensidad a partir del «escándalo» de la cerda, la segunda se apaga por completo: sus supuestos logros me parecen de una ingenuidad tan pasmosa como pobre de solemnidad, las vi como fabulillas futuristas nacidas de la imaginación de una secta religiosa bastante pacata. Y, debo confesarlo, creo que consiguieron dormirme placidamente en muchos de sus tramos. Quien, a estas alturas del partido que el siglo

XXI libra, quede ojabierto con la historia de una viuda que se encarga por internet un hombre a imagen y semejanza del difunto (no cuento el final de tanto bochorno como me provocó); con la historia de una amnésica a la que graban con sus móviles los ciudadanos curiosos mientras unos tipos disfrazados la persiguen con asesinas intenciones (no cuento el final, pues no me puedo aún creer que tan barato fuese); con la historia de un dibujo animado muy crítico con los políticos convencionales y que acaba por presentarse como candidato a las elecciones (ni me acuerdo del final: sí recuerdo las carcajadas que me provocó la aparición conspirativa de un agente secreto de la «Agencia», qué risa, por favor, la penumbra de la habitación, el halo de misterio...); quien, digo, vea en estos tres episodios de *Black mirror* tres obras maestras ha leído muy poco cine y muy poca literatura; ha visto muy poco pero que muy poco cine; y, por fin, no es espectador habitual de series de auténtico terror, esas series llamadas «documentales» donde, con mucha más crudeza y mucha menos estética de rastrillo benéfico, se cuentan la miseria y la corrupción y las hambrunas y otras catástrofes nada futuristas, actuales a tope (hay veces en que las incrustan en los telediaris), con que convivimos sin saberlo o sin querer saberlo a la vuelta de la esquina.

LECTURAS

Rousseau en Groenlandia

El relato de Kim Leine sobre la oscuridad que rodea a los hombres de buena voluntad

RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Nada tan engañoso en ocasiones como el calendario. Nada a la vez tan fascinante como el hecho de que, en un mismo tiempo, bajo un mismo sol, convivan la modernidad más urgente con una mentalidad medieval o incluso antediluviana. Los trabajos de Galileo y las cifras del Génesis, las enseñanzas de Kant y las mazmorras de la Inquisición, el proyecto de Darwin y la quema de ciertos libros vinculados en un único párrafo. Libertad y cadenas: hay materia ahí para que un novelista sueñe.

En 1789, mientras Francia espolea al rocín de la Historia de modo inmisericorde, poniendo en marcha procesos que cambiarán para siempre las coordenadas de nuestra mentalidad, llega a Groenlandia, territorio en manos de la corona de Dinamarca, un pastor protestante que desembarca en la isla más grande de la Tierra con el propósito de llevar la palabra de Jesús a los «salvajes». En su corazón inquieto y torturado, junto a una historia de amor fracasada, como un mantra o un talismán, alienta una frase de Rousseau, uno de los padres intelectuales de la Revolución: «El hombre nace libre, y por todos lados está encadenado».

Esta ambivalencia recorre el fresco histórico que es *El fiordo de la eternidad*, novela exótica por su marco geográfico pero universal por las inquietudes que la conforman, y que halla en Morten Falck, su personaje central, un héroe tan atribulado como excepcional, pleno de matices y capaz de encarnar, con indudable y enorme interés, la quiebra entre realidad y deseo, naturaleza y cultura, que acosa al hombre tal y como fue concebido por el autor de *El contrato social*. En la belleza glacial y violenta de Groenlandia, en un mundo dominado por la endogamia, donde la muerte se acepta con tranquila fatalidad, y los pobres, antes de en-

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Se busca cerebro para intelectuales perdidos

Hay que tener la pluma muy bien plantada y atesorar kilos de sabiduría literaria para situarse en el centro de una narración y adornarse como un imbécil. Es lo que hace el inglés *Lars Iyer* en *Magma*, primer panel de una trilogía de culto en el Reino Unido. Iyer es profesor de Filosofía, pero en *Magma*—a la que seguirán *Dogma* y *Exodus*—es, o podría ser, el narrador sumiso, inteligente y anárquico del retrato que, golpe a golpe, va haciendo un tal W. de su propia estupidez. Claro que W. también se reconoce mediocre, incapaz de generar pensamientos dignos de ser anotados. Uno y otro, como unos Bouvard y Pécuchet transmodernos, le sirven al autor para reírse de la impostura del mundillo intelectual. Dos personajes a la búsqueda de un *Kafka*, un *Blanchot* y un *Bela Tarr* que los iluminen. Dos *Max Brod* sin más *Kafka* a quien gloriar que su propia ausencia de genio. Una gozada con la que Páldio Fuego prosigue la senda abierta con el volumen de charlas con *Foster Wallace* y con *La escoba del sistema*, su primera novela.



Magma (Spurious)
LARS IYER

Traducción de
José Luis Amores
Páldio Fuego,
166 páginas. 14,90 euros

Los extraños meandros de un amor imposible

En el periodo de entreguerras, el alemán *Leonhard Frank* (1882-1961) alcanzó con la novela corta *Karl y Anna* (1927) un gran renombre internacional. El lector entenderá el porqué desde sus primeras páginas, pues la inquietante calidad de la despojada prosa de Frank se le impondrá desde el extraño capítulo inicial. Dos prisioneros de guerra alemanes trabajan en una misteriosa e inútil zanja en Siberia durante la I Guerra Mundial. Largos tiempos muertos que uno de ellos, Richard, emplea en evocar para el otro, Karl, el profundo amor que siente por Anna, su esposa. Sin ahorrarse detalles. A tal punto que, frío y soledad de por medio, Karl se enamora de Anna y, tras escaparse del campo, corre a buscarla con la pretensión de hacerse pasar por Richard. Si Karl lograra confundir a Anna con su burda impostura, el lector pensaría con todo derecho que Leonhard Frank le está tomando el pelo. Lo arrebatador es el modo en que se enlazan los mecanismos—amor, soledad, palabras—que disparan una trama en principio imposible.



Karl y Anna
LEONHARD FRANK

Traducción de
Elena Sánchez Zwickel
Errata Naturae,
110 páginas. 14,50 euros



El fiordo de la eternidad
KIM LEINE
DUOMO EDITORIAL 2013

tregarse a la congelación, despachan un último banquete que consiste en devorar sus propias ropas. Falck descubrirá en su tarea evangelizadora algo más que «una avanzada del progreso». Así, su labor como misionero de las colonias auspiciadas por los daneses

le revelará luces y sombras tanto de sí mismo como de sus contemporáneos. No es oro todo lo que reluce bajo el empeño de la civilización.

El mérito mayor de la novela de Kim Leine radica en su evocación de la oscuridad que acecha a un hombre de buena voluntad, perdido en medio del mundo no sólo por efecto de la enormidad que existe ahí fuera, sino sobre todo por culpa de la inconstancia que lo amenaza en su interior. Al fin y al cabo, no hay Groenlandia más grande, fría y desolada que el corazón humano, ni bestia más cruel que el hombre civilizado, que ha leído a los clásicos y ha diseccionado un cadáver, pero que es capaz de recurrir a la picota cuando se debe enfrentar a otras creencias y a otros ídolos, paradojas aún hoy vivas que esta obra hermosa y emocionante, que devuelve a la novela histórica sus mejores prendas, convierte en una lección de perdurable literatura.

África en el corazón, Dinamarca en el bolsillo

La correspondencia de **Karen Blixen** muestra las razones que llevaron a la autora danesa a la escritura



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Pasado un tiempo prudencial cualquier carta es capaz de convertirse en documento histórico. Llegó un momento en que el contenido personal, los amores y los odios, no importa nada y lo que queda es el reflejo de una época. Esto sucede con todas las cartas salvo con las de celebridades. Mientras uno sigue presente en el mundo, sus intimidades interesan; únicamente cuando nos alcanza el olvido, que es la muerte definitiva, perdemos por completo peso y pudor.

Los grandes escritores no son una excepción a esta regla. Bien es cierto que no todas las correspondencias de escritores, habitualmente tan ensimismadas y ombliguistas, interesan del mismo modo: las hay capaces de captar la atención del gran público y existen otras sólo aptas para estudiosos e incondicionales de éste o aquél. No es lo mismo la correspondencia chisporroteante y bilingüe de un Truman Capote, por ejemplo, que las notariales y habitualmente serias cartas, tan pegadas a los aspectos estéticos y materiales de su obra, que Karen Blixen escribió desde su Rungstedlund y se recogen en este cuidado volumen.

Karen Blixen, tras verse obligada a vender su plantación africana y regresar a Dinamarca en 1931, comenzó una carrera literaria jalonada por títulos como *Siete cuentos góticos* o *Memorias de África*, una trayectoria que la llevó a sonar como candidata al premio Nobel durante los años cincuenta. Gravemente enferma—más por el envenenamiento con el mercurio con que la trataron para curarle la sífilis que por la propia enfermedad—consiguió sacar adelante una tan importante como meticulosa obra literaria. Y sin embargo, en febrero de 1949, le confesaba a Constant Hunting-ton, su editor inglés, que si hubiera podido conservar su granja en África nunca habría escrito libros. «Siempre me he sentido más a gusto entre deportistas, granjeros, marineros o auténticos haraganes, que entre las gentes de la literatura», le decía, y añadía: «No tengo ambición de escribir, pero sí, desde luego, ambición de escribir bien lo que es-



Cartas desde Dinamarca. Correspondencia 1931-1962
KAREN BLIXEN
NÓRDICA, MADRID, 2012
469 PÁGINAS

cribo». Y a eso se dedicó los treinta últimos años de su vida, centrándose más en la calidad que en la cantidad.

Leyendo estas cartas nos enteramos de las dificultades que tuvo para mantener la finca familiar de Rungstedlund—«Yo cuento con poder vivir de mi trabajo, y me siento completamente libre para gastar mis ganancias de la forma que mejor me convenga», le decía a su hermano Thomas—, de la relación con sus hermanos y su hermana, del trato con sus editores, de los encontronazos con el crítico Hans Brix, del mapa de relaciones con otros escritores daneses, de su amistad con el actor inglés John Gielgud, que la guió por Stratford on Avon durante el festival anual dedicado al teatro de Shakespeare, y también de que Ernest Hemingway la citó como merecedora del Nobel cuando a él se lo concedieron en 1954. Ella le escribió para agradecerse, como no podía ser de otro modo, le habló de lo que los unía: «A veces he imaginado cómo habría sido ir de safari con usted por las sabanas de África». Porque Karen Blixen, también conocida como Isak Dinesen, vivió en Dinamarca y allí escribió para ganar dinero, pero siempre llevó África en el corazón.

Cuando la rebeldía aún no era una movida

Hacia 1977, el guión del timo de la transición no iba del todo bien. Había carniceros de uniforme apostados en las esquinas, las camisas blancas del régimen azul daban palos de ciego y, para colmo, una parte no despreciable de la ínfima minoría juvenil que se enteraba de algo se había vuelto ácrata: «Contra el poder y el capital, marihuana del Senegal». Esos jóvenes adaptaban la contracultura anglosajona de los 50 y 60 a la hora que les había tocado vivir. Sin embargo, el guionista tenía remedios. Para empezar, la contracultura era mercancía normalizada desde hacía años. Para seguir, ríos de heroína llovían sobre España para mutar en zombi al osado. Y para concluir, el recién inventado PSOE sevillano tenía su propio lema («La cultura es una fiesta») para, vía movida, convertir rebeldía en idiotez hortera. Antonio Orihuela reflexiona sobre aquel proceso y recopila sus hitos miliares en un libro que ilustrará a quienes aún no se habían desgajado del polvo cósmico y provocará una sonrisa nostálgica en quienes ya caminan de vuelta hacia él.



Poesía, pop y contracultura en España
ANTONIO ORIHUELA
BERENICE,
144 páginas. 15,95 euros

El pintor más dotado de la América cuernilarga

El texano Larry McMurtry (1936) compareció algunos meses atrás en estas páginas con su novela *The last picture show*, que dio origen a la película homónima de Bodganovich. McMurtry, cuya carrera de ensayista, novelista y guionista de cine y televisión se ha visto consagrada con el «Oscar» por el guión de *Brokeback Mountain* (2006) y el «Pulitzer» por su novela *Lonesome dove* (1985) se inició en la narración larga con esta ya madura *Hud, el salvaje* (1961), que también tuvo su traslación al celuloide con Paul Newman de protagonista.

McMurtry, que también fue librero, siempre en Texas, es el mejor retratista de esa franja de la América profunda que, en plena década de los 50, todavía seguía regida por los tradicionales valores ganaderos. Dotado de una prosa tan bella y calma como rica, precisa y fértil en su totalismo, el autor de *Hud, el salvaje* dibuja con nitidez el choque frontal entre personajes moldeados en tiempos inmóviles y arribistas amorales propulsados por la búsqueda del atajo hacia el dinero. De primera.



Hud, el salvaje
LARRY MCMURTRY
Traducción de
Regina López
Gallo Nero
238 páginas. 23,95 euros